

V

Hasta este punto, los sucesos de mi historia, si bien para mí muy importantes, nada ofrecen que se salga y aparte del curso ordinario y corriente de la vida. Ni en mis amorfos, ni en mis estudios, ni en mis pocas travesuras y niñadas de escolar, hay cosa que digna de especial atención parezca. Tan vulgar va siendo mi odisea, y tan insignificante su argumento, que omitiera escribirla, si no lo creyese indispensable para mejor inteligencia de los acontecimientos que seguirán, y si á la vez no experimentase yo cierto deleite en recordar escenas triviales y comunes, pero muy gratas para mi corazón y muy presentes á mi memoria. Desde ahora empieza el relato de hechos que al principio eran solamente singulares, mas después se tiñeron de color fantástico muy subido, hasta rematar en increíbles. Procuraré narrarlos como si nada de extraño hubiese en ellos, y manifestando el menor asombro posible: por este medio, acaso el lector les dará más fácilmente asenso y no me motejará de embustero ni de exagerado.

Sucedió que empecé yo á observar, y conmigo todos cuantos á la cátedra de química asistían, la

mucha atención y benevolencia que me dispensaba el profesor Onarro. El destello de sus antiparras azules, deslizándole por encima de las apiñadas cabezas de mis compañeros, iba á buscarme hasta el sombrío rincón en que yo gustaba de echar tal cual regalado sueñecito, al arrullo de las magníficas disertaciones del sabio. Al verme entrar éste, una leve sonrisilla dilataba el ángulo de su boca, descubriendo los blancos dientes; al mirarme salir, sus ojos agudos, libres ya de antiparras, me seguían con pertinacia é interés. Nada tenía por cierto de admirable que un catedrático reparase benignamente en un alumno, pero era rarísimo, por ser yo el alumno distinguido, y Onarro quien me distinguía. Contábanse en nuestra clase cinco ó seis muchachos que, naturalmente aplicados y estudiosos, despierto además su entusiasmo científico por la explicación brillante y la diestra enseñanza de Onarro, se dieran á trabajar con ardor en aquella asignatura, desatendiendo las restantes; los pobrecillos se pasaban horas y horas con los codos apoyados en la mesa, devorando libros, y realmente iban obteniendo resultados no despreciables, que, en el concepto general, debían granjear las simpatías y aprobación del profesor á tan beneméritos discípulos.

Sin embargo no fué así: Onarro, enterado de sus adelantos, mostró poca sorpresa y menos regocijo; sereno é impasible, como de costumbre, les acon-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

sejó en breves frases que siguiesen con la misma ó mayor asiduidad, si aspiraban á no ignorarlo todo. En cuanto á la turba multa de medianías y nulidades que llenaba la cátedra, Onarro la conducía como á chicos rebeldes, á palmetazos. En su porte y en su método especial de instruir, obraba cual si tuviese que habérselas con niños. Repetía experimentos, introduciendo así breve é intuitivamente por los ojos aquello que era difícil de hacer entender mediante la razón. Que el sistema no era del todo desacertado, probábase con la concurrencia mayor cada día, y con el vivísimo interés que en ella despertaban las lecciones. Como sus experimentos solían ser tan sorprendentes é ingeniosos, el auditorio se prendaba de ellos, y la herida imaginación movía á estudiar el fenómeno para comprenderlo. Experimento había tan sencillo, que se tomaría por juego ó recreación entretenida. Todos los alumnos lo repetían al día siguiente... menos yo.

Sí, dirélo sin empacho ni melindres: yo era el más zopenco de la clase. Ya porque mi pensamiento vagara en regiones diversas, ya, lo que es más probable, porque mi falta de afición y gusto para aquella clase de estudios embotase y espesase el magín, para otras cosas no tan obtuso, que Dios me ha dado, resultaba que mi torpeza crecía lastimosamente, y mi repugnancia hacia la química lo mismo. Y como si el socarrón de Onarro se divirtiese

malignamente en tomar el pulso á mi ineptia, á los demás discípulos llamaba por turno, y á mí ni una sola vez dejó de hacerme señal para que repitiera el experimento ante los ojos burlones y escudriñadores de toda la clase. Subía yo las escalerillas que conducen á la mesa del profesor, como el reo las del cadalso; tomaba los trebejos, aparatos y chismes necesarios para la experiencia, como toma el arma el soldado cerril y bisoño, y sin una sola honrosa excepción, lo echaba todo á perder, malogrando el experimento. ¿Ustedes creerán que entonces Onarro me reprendía como á los demás, ó mostraba impaciencia ó enojo, ó se quejaba del desperfecto? Pues aquí entra lo singular. A cada barbaridad gorda por mí cometida, una expresión de contento y una risa benévola desplegaban las arrugillas de su tez, semejante al pergamino rancio de un viejo libro, y su felina mirada despedía vivo resplandor.

Recuerdo, entre otras, una experiencia talmente infantil, que á buen seguro que un niño de cuatro años la realizaría con destreza y brillantez. Ocurriósele á Onarro, que gustaba infinito de llamarlos la atención hacia las teorías generales que pudieran sobrecoger é interesar por su grandeza, recordarnos, á propósito de la composición química de los cuerpos celestes, la célebre hipótesis astronómica de Laplace, que explicó con su concisión y claridad acostumbradas.

—La formación de los planetas — nos dijo — se-

gún la concibe este gran matemático, es sencilla hasta no más. Supongan ustedes que hubo un tiempo anterior á la constitución de nuestro sistema planetario, en que el sol era una nebulosa enorme, una masa de materia tendida en un espacio inmenso. Esta materia estaba en extremo rarificada; pero en su centro existía un núcleo. ¿Han visto ustedes la tela de una araña? ¿repararon cómo los hilos son más ténues á medida que se separan del punto central? Pues figúrense una tela de araña extendida en todas direcciones, y se formarán una idea aproximativa del aspecto de la nebulosa. Ahora entiendan ustedes que este gran conjunto de materia giraba sobre sí mismo, y naturalmente había atracción de la periferia al centro... Por una ley que ustedes conocen ya, las partes más lejanas del centro eran las menos atraídas; pero como sucede siempre, giraban más aprisa que las restantes ¿No han estado ustedes nunca en un picadero? Si han estado, verían que allí se ejecuta una maniobra consistente en que los jinetes se pongan unos al lado de otros, en formación, y así unidos den vueltas al redondel. En este manejo ocurre que para que puedan ir juntos, el jinete más próximo á la pared galopa largo, mientras el más cercano al centro toma un paso sumamente despacioso. Pues bien, en nuestra nebulosa, salva la inconcebible diferencia de extensión y velocidad, sucedía casi lo mismo. Las partes más separadas del cen-

tro giraban con rapidez indefinidamente superior á las de las cercanas; en virtud de lo cual, tendían á alejarse del centro; esto se observa en todo movimiento de rotación, que cuando crece, hay un momento en que la fuerza centrífuga se sobrepone á la de atracción central, y se destaca un anillo de materia de la masa común de la nebulosa, anillo que sigue girando, girando, á favor de la energía que lo anima y del movimiento adquirido. Esta hipótesis no tiene nada de imposible: Saturno, hoy en día, presenta uno de tales anillos, es decir, un anillo triple encima de su ecuador, como suponemos que estaba el de la nebulosa...

Y volviéndose hacia mí de pronto, me preguntó á boca de jarro:

— Señor Lopez, ¿podría usted, en caso de necesidad, repetir lo que voy diciendo?

Puse una cara como de persona que ya está enterada, y exhalé un *ejem* muy ambiguo, al mismo tiempo que murmuraba para mi sayo.— Que me emplumen si entiendo jota de tal galimatías.

— Si usted quiere yo lo repetiré punto por punto—gritó uno de los aprovechados que rabiaba por lucirse.

— Y yo; y yo—añadieron dos ó tres voces.

— Perdonen ustedes—dijo Onarro:—voy á proseguir. Ahora bien, el anillo formado en torno de la gran nebulosa solar, no era homogéneo en todas sus partes; la materia se presentaba en unas más

difusa, y más compacta en otras. De suerte que allí donde más se espesó hubo un nuevo núcleo, la materia se fué acumulando y precipitándose á él, se rarificaron las partes más lejanas, y el anillo vino á romperse, quedando en figura de huso, con una faja central... Hoy se observan en el cielo muchas nebulosas así, fusiformes. Mas la atracción continúa obrando; el huso se encoge, gira sobre sí mismo, sin dejar de gravitar en torno del núcleo central... Llega al fin un instante en que el huso se convierte en esfera: primero gaseosa, incandescente luego, fría por último... Ya tenemos nuestro planeta. El primero que así nació en nuestro sistema, fué el remoto mundo de Neptuno. Después de éste, se reprodujo el fenómeno con la formación de otro anillo en el sol; rompióse á su vez, tomó forma de huso, se redondeó, y he aquí que nace Urano, el orbe descubierto por Herschell... Tras de Urano vinieron Saturno, Júpiter y los demás planetas de este universo parcial, incluso el globo que habitamos... Somos, pues, hijos del sol, y la luna á su vez es hija nuestra: un anillo de nuestra masa la formó. Esta teoría, como ustedes ven, no puede ser más sencilla y accesible á la inteligencia; mas eso no le impide gozar de gran crédito entre hombres eminentes. El experimento con que voy á apoyarla y ponerla de relieve para que ustedes se impongan bien, es todavía más sencillo. Acérquense ustedes si gustan... Señor López, tenga usted la

bondad, le ruego, de colocarse aquí, á mi lado.

Me aproximé andando torpe y remolamente, y de costado, casi como los cangrejos. La mayoría, de la cátedra se agrupó afanosa en torno de la mesa, indicando los semblantes la atención con que esperaban el experimento. Onarro tomó un vaso bien tapado que ante sí tenía, y descubriéndolo, nos dijo:

—Aquí, señores, no hay más que una mezcla de agua y de alcohol, en proporciones tales, que tiene exactamente la misma densidad que el aceite. En medio de esta mezcla he colocado ¿ven ustedes? una gruesa gota de aceite... ¿Se distingue bien? ¿Observan ustedes cómo permanece sin confundirse con el resto del líquido y sin bajar al fondo? En éste momento se halla exenta de la ley de gravedad. Como ustedes pueden notar, ha tomado la forma de una esfera perfecta; ninguna fuerza la solicita, y se mantiene inmóvil. Bien; pues ahora tomo este alambre, dirijo su punta á través de la esfera de aceite, y hago girar el alambre poco á poco... ¿Qué perciben ustedes? ¿qué ve usted, Sr. López?

—Yo...

—La esfera ha adquirido movimiento de rotación— chilló uno de los estudiosos.

—Eso es... ahora acelero gradualmente el girar de mi alambre... así... ¡Atención! La esfera se aplasta por los polos, se hincha hacia el ecuador... ni más ni menos de lo que está la tierra... ahora

volteo más deprisa aun... Sr. López, ¿no advierte usted nada?

—Que... que el alambre da vueltas...

—¿Estás ciego?—interrumpió otro estudioso.—
¿No ves que de la esfera se ha destacado un anillo de aceite que gira á su vez en torno de ella?... Lo que pasó en la nebulosa solar.

—Miren ustedes bien—advirtió Onarro.

—El anillo se rompe—exclamó el que había hablado antes.—Se alarga en figura de huso...

—Ahora se va redondeando... ¡ya es otra esfera!—clamaron gozosos los aplicados.

—¡Y sigue describiendo su órbita alrededor de la grande!

—Como los planetas en torno del sol—observó Onarro.

Un silencio profundo, el silencio de la convicción tendió sus alas sobre la cátedra. Los jóvenes se miraban maravillados los unos á los otros. Yo examinaba la punta de mis botas, y algunas veces contemplaba una araña que tejía apaciblemente su tela en un ángulo del techo, inaccesible á las escobas. De pronto me estremecí como si hubiese escuchado la trompeta del juicio final. Onarro había pronunciado mi nombre.

—Señor López, señor López—me gritaba.

—Eh... mande usted.

—¿Quiere usted dispensarme el favor de repetir la experiencia? Es muy curiosa, y estos señores la

verán dos veces con gusto. Tome usted el alambre.

—Pero... yo no sé si...

—No es muy difícil. Se reduce á manipular como si se tratase de hacer bien una taza de chocolate. Batir suave al principio y fuerte después. Tendrá usted el honor de ser el primer alumno que la verifique en España: en Francia la han practicado ya algunos, bajo la dirección de M. Plateau.

Cogí el alambre con todo el cuidado posible y me preparé á salir del paso lo menos ridículamente que dable fuera. Mil reflexiones acudían á mi márgen.

—También es mucho empeño—pensaba yo—el que tiene este maldito en ponerme en evidencia delante de todo el mundo. El es bien listo y de sobra conoce que yo soy para este caso el más alcornoque de mis compañeros. Miren qué bromita tan propia de un hombre de ciencia, de un sabio, hacer correr baquetas á un infeliz. Reniego de la química, y del maniático ocioso que la inventó.

Mientras en mi ánimo rugía esta tormenta, introduje el alambre en el vaso. Todos los ojos circunstantes se clavaron en mí, y los de Onarro con particular fijeza. Díome tal rabia de pensar en la situación y papel que me correspondían, que en vez de entrar delicadamente el alambre é imprimirle suave balanceo, lo hincé de un modo brutal, blandiéndolo á guisa de lanza. Osciló el vaso, rompióse el equilibrio del líquido, y se derramó re-

partiéndose mitad por la mesa y mitad por mis pantalones y por el suelo.

Un murmullo se alzó en la cátedra, y yo quedé como embobado y fuera de mí; pero en el mismo punto sentí que Onarro me daba la más afectuosa, amigable y aprobativa palmada en el hombro, exclamando:

—¡Eso es, eso es! ¡Perfectamente!

Miréle colérico y airado, pensando distinguir en su rostro inequívocas señales de ironía y chunga. Ni la más leve. Sus facciones rebosaban sinceridad y satisfacción. Me volví hacia los restantes espectadores de mi torpeza, y les hallé unas caras de papamoscas, cosa muy natural, pues también debía yo de tenerla, no entendiendo, como ellos, qué motivos pudieran dictar la rara conducta del sabio. Pronuncié confuso y atortolado algunas palabras de disculpa, y bajé otra vez á ocupar mi puesto.

A la salida, como de costumbre, nos dividimos en grupos, y á mi alrededor se formó uno numeroso é hirviente de curiosidad. Todos preguntaban lo que yo bien quisiera saber; la razón de las deferencias y mimos que me prodigaba el severo profesor de química; el por qué de sus miradas, de su interés, de su indulgencia para mis torpezas...

—A fe de Pascual—decía yo á los preguntones—nada sé, ni esto. Estoy tan en ayunas como vosotros.

—Pero, ¡cómo te distingue! ¡Cómo te favorece!—observaba con envidia uno de los aplicados.

—Extravagancias tuyas.

—No, es que se fija siempre en tí.

—¡Bah! exageráis. Me pareceré á algún pariente, ó amigo...

—No disimules. Es imposible que no sepas la causa.

—Dínosla, Palomita. Sácanos de penas.

—Idos á paseo.

—Es que el día que no vienes á clase, está él como en brasas. Aquí hay gato encerrado, y tú eres un hipocritón, un maula, que te lo callas todo.

—Por el siglo de mi abuelo, que estoy pasmado también de su conducta; pero no atino en qué pueda fundarse esta rareza.

Ello es que yo en mi interior creía haber encontrado la clave del problema, pero me era tan humillante darla, que opté por guardármela en el bolsillo. Estaba visto: era evidente. El señor don Félix se reía en grande: espantaba el mal humor á cuenta mía. Hacíale gracia mi misma ineptitud, como á los reyes la propia deformidad de sus bufones; y sin duda él, que tantos análisis había realizado, quería determinar cualitativa y cuantitativamente los grados de estolidez que alcanza un estudiante de medicina. Sea todo por Dios, pensaba yo; sirvamos de mono á este grandísimo loco, que lo es si no mienten los indicios. Encerrado debiera él estar en Orates, no haciendo fábula y juguete de una persona inofensiva que no se mete con nadie.

Esta solución, en mi concepto muy óbvia y única que racionalmente era posible dar al enigma, parecíame á mí que se les ocurriría también tarde ó temprano á mis discípulos. Me preparaba ya, y apercibía cachaza para aguantar todo linaje de chanzonetas, donaires y pullas, más ó menos pesadas y sangrientas. Paciencia habré menester, calculaba yo, y aun quizás me estuviera mejor no volver á presentarme en la cátedra de química, aunque naufrague después en los exámenes. Tales eran mis reflexiones: mas ¿quién pudiera, á no ser zahorí, adivinar el gracioso desatino que mis compañeros idearon?

Es cosa averiguada ya que las muchedumbres huyen, para la interpretación de los hechos, de las causas naturales, llanas y corrientes y rebuscan los orígenes más extraordinarios é inverosímiles. Cuando las cosas pueden explicarse sin violencia, por sencillos y vulgares móviles, la gente no queda satisfecha si no las atribuye á motivos desusados y novelescos. A tal procedimiento fué sujeta la historia de mis relaciones con Onarro.

En vez de admitir que Onarro era un humorista implacable al modo inglés, y yo un alumno corto de luces, y que el profesor se divertía conmigo, supusieron (atención) que yo recataba, bajo capa de ignorancia, un tesoro de estudios y conocimientos; que Onarro lo sabía; que mi disimulo se encaminaba á no eclipsar al sabio dejándole tamañito;

pero que Onarro empeñado en descubrirme, trataba de herir mi amor propio por todos los medios posibles é imaginables, á ver si en un arrebató de susceptibilidad me quitaba la máscara, presentándose con mi verdadero semblante de químico ilustre, émulo y sucesor de Lavoisier.

Algún embustero de oficio y gracioso de café debió de inventar esta especie que, como llama en yesca, prendió al punto en la deshecha credulidad de los escolares. Unos visos y perfiles de verdad le prestaban mi recogido vivir, mi suerte en los pasados exámenes, mi fama recién adquirida de formal y estudioso, y sobre todo, las caprichosas distinciones de Onarro. Corrió de boca en boca la patraña, tanto más comentada y creída cuanto más enorme. Yo no sé qué correos aéreos, qué telégrafos invisibles, qué misteriosos geniecillos, trasgos ó duendes aligeros y veloces desempeñan el encargo de esparcir y comunicar las nuevas: lo que afirmo es que no los hay más diligentes y puntuales, ni tampoco más amigos de enredos y mentiras. Porque ya perdonara yo que se contasen, descubriesen y trompeteasen los hechos, sin poner ni quitar un ápice: mas no se avienen á ello los susodichos duendes ó lo que sean. Las noticias, como la bola de nieve, engruesan á medida que caminan y concluyen por desfigurarse tanto y alcanzar tan hidrópica magnitud, que no las conociera la misma madre que las parió. El proceder de Onarro

para conmigo, salió aumentado de los mismos bancos de la cátedra; ya no era sólo que el profesor reparase en mí; era que me trataba de igual á igual; era que me había llamado, conferenciando largo rato los dos acerca de árdias cuestiones científicas; era que había dicho á sus compañeros de profesorado, en sibílicas y misteriosas frases, que no sabían la joya que en mí poseía la Escuela, y que me mirasen con mucho, mucho respeto.. En fin, por este estilo, mil y mil ridiculeces.

Diéronme sobre tan socorrido tema larga matracaca mis compañeros; no podía poner el pie fuera de casa sin que acudiesen á estrecharme la mano y abrazarme cinco ó seis de aquellos pesadísimos tábanos y fastidiosas chinches. El mismo D. Nemesio, con la mayor cordialidad y buena fe, vino á darme el parabién, manifestándome que en las distinguidas casas que frecuentaba le molían á preguntas relativas á mi persona, y estaban deshechos por conocerme y tratarme: en Dios y en mi ánima que pude entonces adquirir tan buenas relaciones como D. Nemesio. Hasta un día, que aburrido y seco de tanta simpleza, y deseoso de no topar con ningún necio que me llamase sabio, me fuí á esparcir por los Agros de Carreira, lugar solitario y retirado en extremo, no habría andado cien pasos, cuando, saliendo de detrás de un derruido paredón que el camino orillaba, ví un semblante diabólicamente risueño, como de mico que

hace una jugarreta, y el taimado de Cipriano me gritó: «Salve, ¡oh! nata, flor y espejo de los galáicos estudiantes, prez y gala de esta ilustre Escuela, y asombro y envidia de las restantes del mundo. Dame acá esos brazos, que han de estrechar los míos al nuevo Orfila, que niño de teta era el otro, y noramala vaya.» Y diciendo y haciendo me apretó hasta sofocarme casi, de manera que yo con mal humor, me desenganché de los palillos que así me ceñían y enclavijaban. Agarróse él entonces á mi capa, señalándome hacia el muro que lo ocultara á mis ojos, y ví á una damisela, en quien reconocí á la corista de sus pensamientos, que haciendo de la vergonzosa y de la modesta se mantenía apartada, caído el velo del manto sobre su rostro no nada celestial, y sí muy adobado con afeites, cosméticos y mudas.

— Bien parece, oh fénix de las ciencias — siguió el truhán — la cortesía junta con el saber: saluda, pues, á esta señora, que es una eminente artista, una notabilidad en su género.

Aturdido llevé al sombrero la mano, y la ninfa me tendió la suya con mil dengues y flechándome los ojos tiernos; mas yo me hice el sueco, y me escurrí, no sin que Cipriano exclamase:—Hurañito le tenemos ya; no hay que maravillarse, bella Leonor; todos los sabios pasamos nuestras temporadas de misantropía, y solemos huir de los hombres.

La broma me iba pareciendo ya sobrado proli-

ja; pero finalmente, tomé el partido de dejarla correr, pensando con juicio que el tiempo todo lo descubre y la verdad sobrenada siempre. El mal giro que tomaran mis asuntos amorosos me traía asaz de preocupado y pensativo, contribuyendo á que me pareciesen de secundario interés los demás negocios. Ocurrióme ir una mañana á casa de don Vicente, sin esperanza alguna de ver á Pastora, pues hartó me constaba que el centinela enemigo estaría, según costumbre, de guardia. Hallé al canónigo recostado en el ancho sillón, afligido de unos dolorcillos de gota que no le consentían dar su cotidiano paseo. Ante sí y en el pupitre tenía una carta abierta, el sobre roto, y dos ó tres periódicos cuyas fajas alfombraban el piso. Al verme entrar depuso el que leía, y mirándome con curiosidad exclamó:

—Venga usted acá, venga usted acá! Tenemos que ajustar unas cuentas.

—¿Querrá hablarme de Pastora?—pensé inquieto.—Y en alta voz: Sr. D. Vicente—contesté—ajuste usted, que aquí estoy dispuesto á rendirlas puntualísimas.

—Pues prepárese, porque voy á ser minucioso. Estoy tan admirado, me ha cogido tan de nuevas la especie, que no sé si la crea...

—Ciertos son los toros,—calculé: y me puse contrito.

—¡Yo bien quisiera creerla, canario! Tendré

uno de los ratos mejores de mi vida, si puedo escribir á sus padres de usted la enhorabuena. ¿Conque, por lo visto, es usted una notabilidad, una lumbrera en química?

—¡Ah!—murmuré yo como si despertase de un sueño profundo.—¡Esas tenemos, señor don Vicente? ¿Hasta usted han llegado tales nuevas?

—Y me dejaron al pronto más patitioso que estaba, porque no podía comprender de qué modo había usted llegado á tal altura; pues si bien es cierto que se enmendó usted mucho, todavía sus estudios no...

—Y acierta usted, señor canónigo. Crea usted que esas cosas que se propalan por ahí, no tienen asomo de fundamento ni visos de sentido común. Yo lo siento en el alma; quisiera ser uno de los siete de Grecia; pero Pascual López nació, y Pascual López á secas, mondo y lirondo, sin aditamentos de notabilidad ni de prodigio, he de ir á la fosa.

—Con todo eso, es muy extraño que corran tales voces sin que se basen en algo. Y la fama lleva ya su nombre de usted más allá de Santiago. Lea usted, lea usted este periódico: es de Pontevedra,—me dijo tendiéndome el que en la mano guardaba.

Tomé la hoja impresa, y busqué el sitio que el canónigo me señalaba con la uña. En la acción de entregarme el diario, el codo de D. Vicente tropezó con la carta medio plegada sobre la mesa y le

imprimió un leve impulso que la hizo desdoblarse del todo. Una indiscreción involuntaria retuvo mis ojos fijos en ella, y ví, como en un relámpago, dos nombres que me hicieron casi saltar en la silla: el de *Pastora* y el de *Víctor*. Seguí mirando afanoso, proponiéndome sorprender el contenido entero de la epístola; mas el brazo del canónigo se posó sobre ella y su voz resonó gritándome:

—Lea, lea.

Con voz alterada y el tonillo maquinal que adoptan los niños cuando leen sin comprender, recité el siguiente párrafo:

«Nos dicen de Santiago, que aquella Escuela de Medicina cuenta entre sus alumnos un joven notable, una esperanza para el país. Este joven hijo de padres honrados, pero humildes, ha llegado, merced á sus grandes dotes y profundos estudios, á llamar la atención de un profesor también célebre, que hace poco vino á Compostela. Se asegura que en breve saldrán juntos ambos á visitar los establecimientos y adelantos científicos en el extranjero. Felicitamos al Sr. D. Pascual López, gloria de esta Galicia tan calumniada, ultrajada y desdeñada por los que no la conocen, etcétera, etcétera.»

—¿Hay otro que se llame Pascual López entre los alumnos de Medicina?—interrogó D. Vicente cuando hubo concluído el suelto.

—No señor.

—Pues entonces, bien claro está que es usted el aludido.

—Yo soy, sí señor; no lo niego. Si esta temporada no se habla de otra cosa.

—Pero entonces, ¿es embuste todo lo que ahí ponen? Imposible parece—murmuraba D. Vicente volviendo á su cavilación primera.—¿Es falso también lo que dice del profesor?

—Que el profesor me distingue, es exacto: me distingue como á nadie; pero lléveme Judas si atino con la razón.

—De cualquier modo, usted debe de haber estudiado este año un poco más: puede que en esa asignatura haya usted puesto sus cinco sentidos: y como al fin y al cabo esas ciencias modernas son una cascarita brillante y presto se llega al fondo, tal vez esté usted en efecto en la cúspide de ese ramo del saber. Otro gallo le cantara si se tratase de profundizar la teología ó la pura latinidad clásica. Tácito y Horacio son los autores de muchas de estas canas, que ahora ya justifican los años, pero que asomaron antes de lo debido. En fin, yo me holgaré de que salga usted un doctor, siquiera para no dejarme quedar mal..

Mientras hablaba el canónigo, revolvía yo en el magín los medios de echar la vista encima á aquella carta, presa bajo su brazo. Al fin me ocurrió un expediente.

—Sr. D. Vicente—le dije—¿quiere usted hacer-

me el favor de permitirme que copie ese suelto para mandarlo á mis padres? Déme usted un retacillo cualquiera de papel.

El canónigo alzó el codo... pero fué para asir la carta, partirla en dos mitades, darme la blanca y guardar bonitamente la escrita en el bade de cuero que ante sí tenía. Nada pude pescar; copié el suelto, y después de otro rato de plática con D. Vicente, en que hablamos de política, comentando las noticias de sensación que en aquella agitada época abundaban, me despedí. Salíme á la antecámara, mirando, no sin melancolía, el pasillo que guiaba al cuarto de Pastora. Al descolgar de la percha mi capa, un objeto blanco se deslizó de entre la esclavina y vino á caer á mis pies. Lo recogí apriesa, era una carta cerrada sobre sí misma y con obleas, á la antigua española, un tanto arrugada y con un sano tufillo á espliego, aroma especial de que la ropa de Pastora estaba impregnada siempre. Así el olor como las arrugas me indicaron que la misiva, antes de ir al buzón de mi esclavina, reposó sobre el corazoncito de mi Dulcinea. Bajé los escalones cuatro á cuatro, y trabajo me costó no leer la epístola en el mismo portal del canónigo. Dando largas zancajadas, me fuí en busca de uno de los muchos sitios retiradísimos que tiene Santiago, para bien de los estudiantes que desean leer en paz una carta.

VI

Rompí la nema y devoré las líneas siguientes, de letra menudita, redonda y cerrada como las planas de Torío.

«J. M. J.

«Mi querido Pascual: Dios se lo pague á la madre Serafina de la Enseñanza, por haberme amestrado en formar estos palotes, que hoy me sirven para comunicarme contigo. Ante todo, te pido perdón por mi necedad en reirme de tus temores con respecto á D. Víctor: bien sabe Dios que pensé que eran todas bobadas y figuraciones de doña Verónica, y ahora conozco que no se puede decir nunca de esta agua no beberé. El padre de D. Víctor ha escrito al tío pidiéndome formalmente en matrimonio para su hijo. Sólo á un señorito mimado como D. Víctor se le ofrece encapricharse por una muchacha tan inferior á su clase como yo: y el padre debe de ser bien débil. En sustancia, él me pide, y ya puedes colegir cómo estará mamá desde tal acontecimiento. Hace extremos, baila, canta, se lo cuenta en confianza á todas las vecinas, que me saca los colores. ¿Te acuerdas de aquellas tonterías que ideabas tú, cuando te empeñabas en